

Maria Calabria

La vida dura más de una noche



La vida dura más de una noche

Maria Calabria

Traducido por Ángela Caramazana

“La vida dura más de una noche”
Escrito por Maria Calabria
Copyright © 2015 Maria Calabria
Todos los derechos reservados
Distribuido por Babelcube, Inc.
www.babelcube.com
Traducido por Ángela Caramazana
“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenidos

[Página de Titulo](#)

[Página de Copyright](#)

[La vida dura más de una noche](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Epilogo](#)

[Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales](#)

[¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?](#)

Maria Calabria
La vida dura más de una noche
Publicado en Italia por
Lettere Animate Editore

Traducción literaria realizada por
Ángela Caramazana González

*A mi madre,
cuya dimensión
hace insignificante
cada confín.*

Capítulo uno

Era el ocaso, el asfalto aún estaba caliente. En la calle Castaldo, cerca de la estación, tres chicas aún inmaduras confabulaban y reían cogidas del brazo. El aire cálido del día, ya en declive, les había dejado una extraña inquietud, un deseo no satisfecho de aventura.

Un chico cruzó la calle. Las tres amigas lo miraron con curiosidad: les hubiera gustado pararlo, ligar, pero ya era tarde.

...Drííín...

Abrió los ojos lentamente. Con un gesto automático, alargó el brazo para apagar el despertador. Se giró hacia el lado izquierdo, miró a su marido, que emitió un gemido a medio camino entre un bostezo y un saludo.

—He soñado con nuestro primer encuentro...—musitó y se sentó al borde de la cama. Marco farfulló algo y volvió a dormirse.

Cristina sacudió la cabeza y suspiró.

Eran la seis, una de las pocas mañanas en las que no se había adelantado al sonido del despertador. De manera mecánica, se preparó el café y abrió las contraventanas, «Otro día de la marmota» pensó, alejándose de los cristales.

En el suelo vio el libro de poesías que su marido le había regalado por Navidad.

—*Nocturnos*... —murmuró, leyendo el título, y con la mente volvió por un momento a la felicidad de aquel día cuando, después de haber desenvuelto el regalo, había mirado estremecida a su marido, y sólo pudo decir:

—¿Cómo lo has conseguido? ¡Todavía no está a la venta!

Él había guiñado con falsa modestia.

—Bueno, ya sabes, escribí un par de correos a un buen amigo que casualmente es amigo de la poetisa y... —Ella le saltó al cuello, obligándolo a retroceder hacia el sofá.

Pasó algunas páginas con las manos temblorosas.

—*La vida excava en nosotros surcos profundos* —leyó— *después el amor planta árboles bellísimos*. —Pero no encontró ningún consuelo en aquellos versos.

Amargada por esas palabras que tiempo atrás le había gustado tanto leer, puso el libro en el estante más alto, donde solía poner los objetos que no debían estar al alcance de los niños.

Encendió el ordenador, se dirigió al baño; en el pasillo, en la pared, vio una mancha oscura, «Que no sea una fuga de las tuberías», esperó. Después se dijo mentalmente: «Llamar al fontanero, una mano rápida de pintura».

El despertar era uno de los pocos momentos que tenía sólo para ella, antes de que comenzase el trasiego de la jornada: los niños dormirían aún una hora más y ella se tomaría un par de cafés hirviendo delante de las grandes cristalerías de la cocina que tanto le gustaban, leería las noticias y repasar su lista diaria de cosas que hacer: todo sin interrupción. Ya sentía la necesidad de tomarse el día para no pensar. Darle vueltas a cada recuerdo le estaba consumiendo la razón, pero no podía permitírselo, se lo debía a sus hijos.

En su ritual habitual, se pesó antes de vestirse y por un instante volvió a pensar en el sueño: «He perdido también la paz del sueño»; se vistió y comenzó su rutina.

—Vamos, Giulio, desayuna y después ¡de cabeza al colegio! Yo mientras tanto preparo al hermano, ¿vale? Cuando vuelvas iremos a casa de los abuelos, os quedareis unos días con ellos.

—Tú... ¿no te quedarás con nosotros? —preguntó él perplejo.

—No, he encontrado un trabajo, empiezo el lunes, iré a visitaros cada fin de semana. Es algo temporal, hasta que me organice, en cuanto sea posible iré a por vosotros.

Sobre el gran mueble rojo de la sala de estar cogió la ropa que había doblado con cuidado la noche antes para el más pequeño, lista para ponérsela; al lado, la del mayor. Sobre la silla, la bolsa y la cazadora.

Siguió el orden con el cual los había dispuesto.

Mientras terminaba de vestir a Giulio, escuchó a Marco entrando en la sala.

—Buenos días, —dijo ella sin darse la vuelta— el café está caliente y los bollos en el horno, acabo de apagar... Me voy.

Giulio la miraba con cara de sorpresa, confuso, pero ella pareció no darse cuenta.

Montada en el coche, cerró por un instante los ojos intentando frenar el imperceptible temblor que la invadía, echó una mirada melancólica a las ventanas de casa, se puso en marcha y se fue.

—¡Buenos días! Señora Marotti, hacía mucho que no la veíamos, ¿qué tal está? —preguntó la maestra.

Cristina señaló al pequeño Francesco.

—Bien, por fortuna, ocupada. —Después de despedirse, con el cuco a modo de bolso en el antebrazo, se dirigió a la salida. Estaba impaciente por estar sola o, al menos, con el pequeño Francesco de ocho meses, desconocedor de lo que su madre haría en breve. Sintió que, desde atrás, una mano se apoyaba calurosamente en el hombro derecho.

—¡Hola, amor! ¿Cómo estás? Pareces una flor, ¡siempre a la carrera, en forma y llena de energía! De verdad que me alegro, todos nos acordábamos de ti, no te hemos vuelto a ver desde que...

Cristina sonrió a la mujer que tenía enfrente y no la dejó terminar la frase

—Adele, qué gusto volver a verte, hacía siglos que no nos encontrábamos. Giulio este año utiliza el autobús del colegio y por eso, a menos que te pases tú, será difícil que nos veamos en Cormons. Esta mañana ha sido un caso excepcional, tenía que hacer unos recados y lo he acompañado yo. ¿Qué te parece si la semana que viene te llamo y tomamos un café juntas?

—Adele asintió, abrazándola. Las dos se despidieron con la promesa de verse pronto, Cristina se alejó con la certeza de que no la llamaría nunca.

Se montó en el coche, cerró la puerta y, con ello, cayó el telón de la compostura que había mantenido hasta ese momento.

—Ese bastardo, cabrón, ¿cómo pudo? ¡Lo odio, lo odio!
—Condujo un rato, después giró a la izquierda, acabó aparcando fuera de un bar; se recompuso y, de nuevo con la máscara de la normalidad puesta, se dirigió al fondo del local, lo más lejos posible de la poca gente que había.

Acomodó a Francesco, que durante ese rato se había quedado dormido, pidió un cortado, sacó dos sobres blancos del bolso, posándolos con cuidado sobre la mesa y, cuando le sirvieron el café, inició el ritual que venía repitiendo desde hace casi un mes. Comenzó a leer:

...Desde lejos, aunque me vaya a doler, veré qué cara tiene la mujer que te ha hecho soñar durante diez años y que, después de tanto tiempo, después de todo lo que ha ocurrido entre nosotros en los últimos tiempos, hubiera podido, con unos correos, hacer tambalear nuestro matrimonio.

Diez años de recuerdos despreocupados pensando en cualquier chica que te has tirado a mis espaldas. Qué diferente es nuestra visión de la despreocupación: la mía, mira tú qué estúpida, siempre está ligada al recuerdo de los momentos que pasamos juntos, al noviazgo... A dormir acurru-

cados cuando hace frío, a beberme el café sentada en el brazo del sofá mientras tú estás semiacostado todavía adormilado y a charlar sobre el futuro de nuestros hijos...

Siempre has sido mi único gran amor. Desde hoy en adelante serás ese dolor que, de tanto en tanto, volverá, como todas las cosas importantes que te enseñan algo. Volverá para recordarme que no te ame, porque no te lo mereces; me dirá que no sienta nostalgia cuando mire ese lugar vacío junto a mí en la mesa, porque cuando creía que estaba ocupado, en realidad estaba desierto.

Me gustaría darte a probar tu propia medicina, pero sé que no podré hacerlo. Te deseo muchos amores duraderos que te paguen con una moneda que yo no poseo.

Cristina.

Cristina suspiró y se bebió el último trago de aquel triste café cortado. Después cogió el segundo sobre, pero no era capaz de releer aquellos emails, le hacían mucho daño. Volvió a guardarlos en el bolso.

Cuando le había confesado a su marido que los emails los había escrito ella para ponerlo a prueba, él había contestado con un silencio rotundo, interrumpido sólo por el llanto histérico de ella, que de repente balbuceaba y ya no se sentía fuerte.

—La culpa es tuya, has querido hacerte daño, si no me hubieras escrito fingiendo que eras otra ahora no estarías aquí atormentada y atormentándome, yo no me hubiera vuelto a acordar de ella. ¡La había borrado de mi mente!

—Pero tú... respondiste desde una cuenta secreta, una dirección que te tomaste la molestia de hacerte después de la última discusión para poder escribirle a escondidas de mí, ¡de la imbécil! Y ella, más tarde o más temprano, te habría buscado ¡y tú te habrías lanzado de cabeza si ella se te hubiera puesto en bandeja de plata!

Marco, que tenía una expresión extraña en la cara (quizás de rabia por el marrón de haber sido descubierto, quizás de amargura porque todo aquello con lo que había fan-

taseado en los últimos días no había sido real ni realizable, dado que la Sara que le había escrito era en realidad su mujer), había continuado:

—Si... si... si... ¡Si ni siquiera sé si podría haberlo hecho! Respondí por seguir la corriente, sí, pero en broma...

—¡Y una mierda en broma! Si quieres te los leo punto por punto, mira, los he impreso por orden de envío, tres días, ¡sólo tres días! ¡Y ni siquiera me hizo falta insistirte la segunda vez para convencerte! Nunca cambiarás, te odio...

Había cogido al pequeño Francesco en brazos.

—No quiero imaginarme que otras cosas has podido hacer en todos los años que estuviste viviendo lejos de mí, si por casualidad sale a la luz tanta... suciedad... ¿Qué otras cosas habrá de las que no me enteraré nunca? Un desliz, dos... puede que tres, debido a que te sentías solo, los habría entendido, comprendido y perdonado, pero ignoraste totalmente el hecho de que estabas conmigo y te has tirado a quien te dio la gana, ¡además en mi ciudad! Podías hacer tranquilamente lo que quisieras donde vivías: ¿por qué humillarme de esta manera? Acostándote con mujeres que yo conocía, con las que bromeabas cuando estaba yo... ¿cómo has podido? ¿Qué otras cosas me estás ocultando?

Marco había seguido enfadado sin responder.

—Y tú ¿no dices nada? Arrogante y fanfarrón, ni siquiera sientes el más mínimo arrepentimiento o remordimiento por lo que has hecho, eres un cabrón... —Cristina se había ido directa al dormitorio y empezó a sacar su propia ropa. Fue entonces cuando Marco se decidió a hablar.

—¿Qué quieres que te diga? He cometido errores, de acuerdo, pero eso no quiere decir que no te ame, siempre te he amado y... de todos modos no es fácil y si piensas que me quedaré aquí echándome mierda encima sólo te equivocas, las cosas que no sabes no las sabrás jamás...

Con esta frase, un sofoco había invadido la mente de Cristina, impotente y consciente de que no sabría jamás to-

da la verdad.

—No quiero vivir toda mi vida al lado de un hombre del que no sabré jamás a cuántas zorras se ha tirado, ¡las mentiras dichas a mis espaldas! Me entrarán dudas cada vez que escuches una canción y sonrías sin darte cuenta... ¿Por qué me has hecho esto? ¿Por qué? Tienes razón, ¡soy una imbécil, una estúpida! ¡Yo! ¡Es culpa mía! ¡Me lo merezco por estúpida!

»—Tú... tú... —Repetía como presa de la locura— tú... que después de haberme acompañado y dado un beso de buenas noches, ¡llamabas a alguna para llevártela a la cama todavía con mi sabor en los labios!

Deliraba. En un segundo había alcanzado el cajón de los cubiertos.

—Te mato, cabrón... —Había gruñido, llevando un cuchillo en la mano. Pero después, en vez de dirigir la hoja contra su marido, había intentado hacerse daño.

—¡Para! ¡Estás loca! —Marco se le había tirado encima cuando intuyó lo que estaba a punto de hacer y había arrojado el cuchillo al fregadero. —Soy una mujer sin carácter... Soy una inútil, una fracasada, no me he dado cuenta nunca, nunca... —Lloriqueaba, poseída por el odio y la impotencia.

—Cristina, te lo pido por favor, me estás matando. ¿No piensas en tus hijos? No hagas esto... —La había estrechado entre sus brazos y ella se abandonó en aquel abrazo, exhausta.

Volvió en sí como si estuviera perdida.

Ambos se habían calmado y no habían hablado del asunto en lo que restó del día. Ella se había puesto tan tensa desahogándose que tenía contracturados el cuello y los hombros. Aquella noche se había quedado en la cocina, insomne por el dolor de cuello y por un dolor más profundo que sentía latir dentro. «No está bien, no puedo reducirme a esto, tengo dos hijos, voy a enfermar, estoy segura, y no quiero dejar a mis hijos... No quiero...».

Al día siguiente había escrito aquella carta de despedida que la habría acompañado durante un largo tiempo.

Cuando regresó al bar, después de la enésima repetición del ritual, tomó una decisión: iba a poner esos sobres en la puerta del mueble de la cocina en el que Marco guardaba los botes del té que se preparaba casi todos los días a las cinco en punto de la tarde. «Los encontrará... así será él el que vuelva a sacar el tema y... yo me iré... Quiero que sufra».

Capítulo dos

—¿Qué te ocurre hoy? —preguntó Rita, que notaba a su amiga como perdida cuando normalmente estaba alegre y dicharachera.

—Nada —Cortó en seco Elena, mientras se subía al taburete para colocar algunas camisas en el escaparate.

—A juzgar por tu cara, debe ser un *nada* lleno de cosas —Insistió la amiga.

—Será cosa del tiempo —dijo Elena distraídamente a modo de justificación.

—Amiga mía, pues sí que estás extraña: eres la primera mujer a la que un día de sol le pone de mal humor.

Elena se dio la vuelta y, después de unos segundos de indecisión, no pudo hacer otra cosa que reírse de la gran observación de su amiga.

—Tienes razón —dijo, sentándose un poco menos tensa — he elegido la peor de las peores falsas excusas.

—Es todavía por aquel pariente tuyo, ¿verdad? ¿Qué pasa, el principito también hoy se hace esperar? Ese hombre es peor que un teleoperador de Vodafone —dijo Rita, apoyando los codos en el mostrador.

—No, no es eso. Al contrario, últimamente es constante, no lo evita, y tiene una extraña vena romántica que no parece él. —Elena se subió de nuevo, antes de continuar, y una risa medio sarcástica dejó ver su molestia— La cosa es que está condenadamente satisfecho.

—No, no te entiendo. ¿Te molesta que esté presente y satisfecho con vuestra relación? —preguntó perpleja Rita.